

Ezequiel Martínez Estrada

RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA

Prólogo de Christian Ferrer

INTERZONA

INTERZONA

Martínez Estrada, Ezequiel
Radiografía de la pampa / Ezequiel Martínez Estrada. - 1a ed. -
Buenos Aires : Interzona Editora, 2017.
496 p. ; 21 x 13 cm. - (Interzona ensayos)
ISBN 978-987-3874-46-8
1. Ensayo Político. 2. Argentina. 3. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

© Fundación Ezequiel Martínez Estrada

© interZona editora, 2017
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Radiografía de la pampa fue publicado por primera vez en 1933.

Coordinación editorial: Victoria Villalba
Prólogo, cronología y apéndice: Christian Ferrer
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Brenda Wainer
Composición de tapa: Victoria Villalba
Corrección: Vera Senderowicz y Bettina Villar

ISBN 978-987-3874-46-8

Libro de edición argentina.
Impreso en China. *Printed in China*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PICA Y RÉQUIEM

Sobre *Radiografía de la pampa*

Se diría que este libro –*Radiografía de la pampa*– es una obra extraña y misteriosa, por más que su tema –la nación Argentina– haya sido nítidamente relevada en todos sus puntos cardinales. Su propio autor, que no fue ningún desconocido y que fue muy leído a lo largo del siglo xx, terminó ocupando un sitio excéntrico en la historia de las letras nacionales, aunque quizás anómalo sea palabra más adecuada. Dicho de otro modo: Martínez Estrada quedó adosado a la casta de los hombres de ideas disconformes, o bien a la de los aguafiestas. El libro es un misterio en sí mismo, el tipo de empeños que les cobran una libra de carne tanto al autor como al lector. Amargo vistazo, sin dudas, tan visible a simple vista que se vuelve necesariamente imperceptible para quien cree estar experimentando una fiesta, o una época de vacas gordas o bien para quienes todo lo esperan de algún nuevo mesías de la política. Ningún otro libro sobre la Argentina se le parece. Por comparación, y a pesar del tiempo transcurrido, los demás parecen crédulos o enfatizaciones del día, sea porque hayan designado enemigos antes de ser escritos o porque absolvieron por adelantado de culpa a las víctimas y cómplices de la erección del laberinto local. No era esa la intención de Martínez Estrada.

¿Pero por qué este libro áspero, ominoso y terminante? ¿Tan necesario le era al autor clavar una pica en el país del agro expansivo y el ganado gordo y abundante? ¿Qué tenía para ganar con esta apuesta, de las más altas a las que puede aspirar un escritor? Se barrunta una apuesta, la de transformarse en el censor de la vida

pública de su país, y ciertamente todo país necesita de al menos uno, y no solo de aduladores e investigadores de problemas específicos. La apuesta era, entonces, cosa sencilla pero ardua: ponerse a todo el país en su contra tan solo en nombre de la verdad. Por entonces Ezequiel Martínez Estrada tenía 35 años de edad y varios triunfos en su haber –premios literarios, firma en diarios y revistas, espaldarazos de gente ya consagrada–, o sea, el tipo de reconocimientos que alcanzan –con su debida administración– para merecer algunas páginas en cualquier historia de la literatura local, inevitablemente amenguadas con el paso del tiempo y los cambios de modas, hasta que al fin el nombre propio deviene apenas en referencia al pie o nota final de alguna enciclopedia que nadie consulta. Eso le sucede a la mayoría de quienes inician y acaban una carrera literaria, aquí y en el resto del mundo. Cada cual hace lo que puede o lo que el sistema literario de consagraciones y denigraciones habilita y luego descarta. Y sin embargo, Martínez Estrada publicó *Radiografía de la pampa* no para su solaz ni para adquirir mayor renombre, sino para sacudir la conciencia y el entendimiento de sus compatriotas, a modo de severa advertencia y quizás como réquiem anticipado de una nación que creía tener el mañana comprado. Sin duda que la Argentina era su país amado, pero no necesariamente uno al que admirase. De esta diferencia –amar pero no admirar– se desplegó el nicho de gestación de este libro, o lo que es lo mismo, la presión psíquica que transformó a un poeta laureado en intérprete severo de la realidad nacional.

De modo que este hombre, más bien pequeño de estatura, clavó una pica en el corazón de la nación. ¿A qué tipo de personas les está permitido socavar los cimientos y el porvenir de los habitantes? En la historia de las ideas, solo los desterrados pueden hacerlo, aunque para ello no es imprescindible tener los pies fuera del país. Basta con no creer en las justificaciones de los demás y en apearse de las fuerzas de la codicia, la política y la mentira, que dan formato a la mentalidad de los habitantes, una decisión que casi

necesariamente equivale a una declaración de soledad. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? La Argentina, a Martínez Estrada, le parecía una pesadilla, o más bien una mentira consensuada, por más que por entonces se estuvieran multiplicando graneros por doquier y hasta industrias en la ciudad capital y en las principales ciudades de provincias. O quizás justamente por ello, puesto que cuando el progreso económico de una población que no está acompañado de una sólida vida espiritual tarde o temprano se distorsiona y malogra los esfuerzos de acumulación de riqueza. Creía Martínez Estrada que de una crisis económica se podía salir indemne, pero de una debacle moral no.

Sucintamente, a pesar de la riqueza de temporada, de una inserción afortunada en el mercado mundial de alimentos y de tanto territorio baldío que podía ser transformado en vergel o huerta gigante, la incapacidad del argentino de prever el futuro –las épocas de vacas flacas–, su tendencia a huir de los fantasmas del pasado que igual aguardan en el horizonte, el falseamiento de la historia nacional –fea y homicida– para conveniencia de las castas políticas y de sus respectivos electores, y el paso arrogante del ciudadano que se dirige a espacios de entretenimiento o a sus tareas de siempre pretendiendo hacer la vista gorda ante un abismo de décadas no tan invisible bajo la superficie, pues bien, todo ello lo había persuadido de que el país era, a fin de cuentas, inviable. Dicho esto en el año 1933 y luego del primer golpe de Estado padecido por la nación tres años antes. Téngase en cuenta que, en esa época, la Argentina era considerada, en los mapamundis, como granero del mundo, equivalente a Australia o Canadá. Sin embargo, *Radiografía de la pampa* no es el epifenómeno de una crisis momentánea, sino el registro de un estremecimiento que provenía de lejos y que seguiría activo hasta nuestros días.

No puede decirse que el libro haya padecido de mala suerte, si bien al comienzo no tuvo tantos lectores, ya que hasta el día de hoy sigue reeditándose. No ha faltado, entonces, interés por las ideas

de Martínez Estrada expuestas en este tratado. La cuestión es que nadie supo nunca qué hacer con este libro: demasiado “oscuro”, demasiado agorero, o bien “pesimista”, tal como fue adjetivado por la crítica durante largos años, pero así también resultaban ser los veredictos de la Pitonisa que atendía en las ciudades sagradas de la Antigüedad. Pero tener lectores tampoco significa que fructifique la comprensión del problema, y por cierto que los principales partidos políticos e ideólogos que dominaron las sucesivas escenas electorales del siglo xx raramente lo retomaron como obra de consulta, seguramente porque leerlo podría haberles suscitado alguna especie de pánico doctrinal. Y por eso este es uno de los libros más extraños publicados en los últimos cien años en este país. No ya por su sistema de argumentaciones, más bien paradójal, ni por su estilo único y malhumorado, sino porque parecía haberle sido dictado al autor por el mismísimo demonio.

En aquel tiempo –1933– Jorge Luis Borges lo definió como libro de “espléndidas amarguras”, verdaderas a fuerza de ser sinceras. ¿Pero acaso la sinceridad, la decencia y la honestidad han sido virtudes apreciadas en el devenir histórico de la nación argentina? Más bien han primado los campos de Marte, la improvisación y la voluntad de destruir casi todo aquello que se hizo antes, y por lo general, “para reemplazar un mal viejo por un mal nuevo”. Eso es, entre nosotros, una constante. Y quizás sea ese el motivo por el cual Martínez Estrada –un poeta– emprendió la confección de este informe desalentador acerca de la situación del país. El hombre tenía la piel muy fina, la suspicacia a flor de mente y el don de la intuición, lo que es decir que percibía las placas tectónicas del país en colisión, su tendencia a la autodestrucción.

Si un libro ha de ser juzgado por su aceptación o rechazo, *Radiografía de la pampa* fue recibido por la crítica con intensas ambigüedades. Al comienzo, tuvo cierta notoriedad, pues en el mismo año de su edición Ezequiel Martínez Estrada fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura por dos obras poéticas.

Pero transcurrió una década entera hasta que aquella edición se agotara. Nuevas reediciones –veinte aproximadamente– y la persistencia de la interminable crisis nacional atraieron nuevos lectores, y al fin el libro alcanzó el estadio de clásico argentino, equivalente a lo que el *Facundo* de Sarmiento lo fue para el siglo XIX. No es poco logro. Ocurre que no se escribe un libro así todos los días ni todos los años ni todas las décadas. A veces no se escriben nunca, pues para ser concebidos hay que querer ver la medusa cara a cara, y la medusa tenía el tamaño del país. No por nada escribió Martínez Estrada que “quien ve la verdad, muere”. No había tiempo entonces para entretenimientos literarios ni para vanguardias rotativas. Era preciso colocarse por fuera de quienes estaban en el “juego nacional”. ¿En qué consiste ese juego? En que la mayoría de los contendientes, en la liza argentina, eran enemigos aparentes. De eso Martínez Estrada pretendía quedar exento, solamente para evitar el riesgo no pequeño de “creérsela”, y esto es difícil de entender para quienes “ocupan” un sitio establecido en un campo intelectual.

¿Qué sucede en un país cuando nadie quiere escuchar una verdad insoportable? ¿Cuál era esa verdad? Que el país no tenía destino. Riqueza había, pero superabundaba la codicia, la necesidad, la altanería y retóricas políticas de todo tipo a fin de cuentas confusas o tercas. Martínez Estrada creía que las fallas nacionales serían cíclicas –“invariantes históricos”– hasta el momento en que los compatriotas contemplaran su pasado con los ojos bien abiertos, de par en par, un pasado en el que solo había guerras civiles, degüello, dispendio de dineros públicos y expolio. Y a fin de cuentas, lo que Martínez Estrada tuvo de agorero, también lo tuvo de verdadero. La Argentina, en tan solo cien años –los que nos separan de este libro–, se destruyó tanto como pudo.

CHRISTIAN FERRER

TRAPALANDA

I. LOS RUMBOS DE BRÚJULA

LOS AVENTUREROS

El nuevo mundo, recién descubierto, no estaba localizado aún en el planeta, ni tenía forma ninguna. Era una caprichosa extensión de tierra poblada de imágenes. Había nacido de un error, y las rutas que a él conducían eran como los caminos del agua y del viento. Los que se embarcaban venían soñando; quedaban soñando quienes los despedían. Unos y otros tenían América en la imaginación y por fuerza este mundo, aparecido de pronto en los primeros pasos de un pueblo que se despertaba libre, había de tener las formas de ambición y soberbia de un despertar victorioso. Es muy difícil reproducir ahora la visión de ese mundo en las pequeñas cabezas de aquellos hombres brutales, que a la sazón estaban desembarazándose de los árabes y de lo arábigo. ¿Qué cateos imaginativos realizaban el hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata, el pordiosero y el párroco de una tierra sin milagros, al escuchar fabulosas noticias de América? Mentían sin quererlo hasta los que escuchaban. Un léxico pobre y una inteligencia torpe habían de enriquecer la aventura narrándola. Los mapas antiguos no pueden darnos idea aproximada de esos otros mapas absurdos de marchas, peligros y tesoros dibujados de la boca al oído. Volvían pocos porque el hambre y la peste los malgastaban; mas el superviviente fingía para librarse del ludibrio, y así hacía prosélitos. Embarcarse era, en primer término, huir de la realidad; con lo que ya se trabajaba para el reino de Dios, haciéndose a la mar. En segundo término, la travesía

del océano deslastraba de su némesis de raza aislada, espuria, y de familia sin lustre y sin dineros, al que volvía la espalda a la Península y abría los ojos al azar. Este mundo era para él la contraverdad del otro; el otro mundo. Ningún propósito tranquilo, que exigiera la gestación de un embarazo; ningún proyecto de largas vistas, que exigiese moderación, respeto, pensar y esperar. Navegando tantos días y tantas noches, con un rumbo que los vientos obligaban a rectificar, llegaban prevenidos contra la muy simple y pobre realidad de América. Ya la traían poblada de monstruos, de dificultades y de riquezas. América era, al desembarco, una desilusión de golpe; un contraste que enardecía el cálculo frustrado y que inclinaba a recuperar la merma de la ilusión mediante la sublimación del bien obtenido. Otra vez la llanura era el mar, sin caminos. América no era América; tenía que forjársela y que superponérsele la realidad del ensueño en bruto. Sobre una luna inmensa, que era la realidad imposible de modificar, se alzarían las obras precarias de los hombres. De una a otra expedición se hallaban escombros y de nuevo la realidad del suelo cubriendo la realidad de la utopía. Nada de lo que se había edificado, implantado, hecho y fundado tenía la segura existencia de la tierra. La propiedad sobre las cosas, la autoridad sobre los hombres, las relaciones entre los habitantes, el tráfico de las mercaderías, la familia, estaban sujetas a imprevistos cambios, como plantas recién transplantadas que podían prender o morir.

Había que abrirse una senda en la soledad y llenar con algo esa llanura destructora de ilusiones. Lo que coincidía con la previa estructura de este mundo, prosperaba; lo que se alzaba con arreglo a la voluntad del hombre, caía cuando moría él. ¿Qué, si no la tierra, podía ansiar poseer el que llegaba a estas regiones aisladas sin seguridad para la vida, sin otra posibilidad que lo que se le arrancara con violencia? El ideal del recién llegado no era colonizar ni poblar. Pensar entonces en ello equivaldría a concebir una maquinaria complicada en presencia de la rueca. Faltaban al medio los caracteres y los incentivos que suscitan la necesidad de poblar

y de colonizar. En ningún orden de las actividades humanas podía aspirar –ni era capaz– a formarse una posición decorosa. Ponía en juego sus fuerzas primitivas y así iban rebotando los hechos entre sus manos ineptas y la realidad sin forma. El indígena había vivido en relación con este mundo, hasta que se sometió a sus exigencias. Pero lo que también pudiera realizar el indígena, era tabú; lo que estaba al alcance de quienquiera, sembrar, construir, resignarse y aguardar, resultaba deprimente y fuera de la tabla de valores de conquista y dominio. Trabajar, ceder un poco a las exigencias de la naturaleza era ser vencido, barbarizarse. Así nació una escala de valores falsos y los hombres y las cosas marcharon por caminos distintos. Mediante esa clasificación de las tareas en serviles y liberales se reinició el viejo proceso de las jerarquías de tener o de no tener; culminaba sobre todas, la posesión de la tierra, es decir, la sumisión redonda a lo que era más fácil de adquirir y a lo que exigía menor inteligencia para conservar.

Sobre ese plano fundamental se trazaron las rutas a emprender, y desde entonces el patrón de medir serían la hectárea y la fanega. Aquellos que ya no necesitaban “vender tras el mostrador”, consideraban a los comerciantes minoristas como dependientes a sueldo. Se distinguía entre el comerciante que se ocupaba personalmente de su negocio, excluido de funciones y cargos electivos, y el que dirigía de lejos el establecimiento, apto para esos cargos y funciones. Otra vez la distancia era un valor. Capitanear una gavilla de contrabandistas y traficar con esclavos era más honroso que alzar un muro; vender telas considerábase mucho más honroso que expender artículos ultramarinos; robar era mejor que trabajar. Ni siquiera se juzgaba sobre la cantidad del haber, como más tarde; se establecían dos categorías: el empresario y el asalariado. Los puestos de jerarquía quedaban reservados para los que tuvieran dinero suficiente para comprarlos; y así en la infinita escala de las autoridades. La Administración pública era España y dentro de su jurisdicción se honraba el ciudadano. Ese camino estaba vedado al

común de los hombres. Los cargos judiciales y docentes recaían en rúbulas y sacerdotes, que formaban la clase intelectual, sin que la inteligencia hallara camino libre para manifestarse. Se trajeron las formas huecas de instituciones desprestigiadas y se vació en ellas la mente y la conducta de los jóvenes. Se perseguía y despreciaba lo que crecía en su propio clima según sus propias leyes de desarrollo, hasta que el trazado de esas ficciones de cultura y de riqueza no coincidían casi con el trazado auténtico de la realidad americana.

Era ese un mundo simplísimo en los hechos y las cosas, aunque de protocolo de escribanía muy complicado. Había que poner un vestido legal de difícil comprensión a esta desnudez de un trozo de planeta olvidado. Lo complicado estaba, pues, en el mecanismo y el procedimiento, en el pudor con que se cubría el desencanto; es decir, en la contraverdad. Sobre un mundo sin complicaciones se dibujaba un mundo de complicaciones. El recién llegado potenciaba el valor de la única cosa fija en ese torbellino de formas dialécticas; en aquello que solo el gobierno, que se arrogaba el derecho de ejercer el bandolerismo y el despojo en gran escala, podía quitarle. Para congraciárselo contaba con otra complicadísima red de intereses y de influencias. De donde la seguridad incommovible de ese único bien estático, firme, tenía igualmente su aventura. Los campos se medían en la escritura, la autoridad se afirmaba en las cédulas reales, la excelencia se adquiría en los capítulos eclesiásticos.

LOS SEÑORES DE LA NADA

La amplitud del horizonte, que parece siempre el mismo cuando avanzamos, o el desplazamiento de toda la llanura acompañándonos, da la impresión de algo ilusorio en esta ruda realidad del campo. Aquí el campo es extensión y la extensión no parece ser otra cosa que el desdoblamiento de un infinito interior, el coloquio con Dios del viajero. Solo la conciencia de que se anda, la fatiga y el

deseo de llegar, dan la medida de esta latitud que parece no tenerla. Es la pampa; es la tierra en que el hombre está solo como un ser abstracto que hubiera de recomenzar la historia de la especie; o de concluirla.

Falta el paisaje y falta el hombre; hacia el pretérito y el futuro se abren simas sin fondo; el pensamiento improvisa arias en torno de los temas conocidos, creando a su albedrío, libre, suelto. El cuerpo es un milagro y por los sentidos penetran los hábitos de una novedad que bien pronto se abaten sin voluntad, en un cansancio cósmico que cae con todo el peso del cielo.

El paisaje del llano, si lo es, toma la forma de nuestros propios sueños, la forma de una quimera; y se esteriliza cuando el sueño es ruín.

Avanzamos y nuestros proyectos para el porvenir –eternos–, proyectos de dominio sin obstáculos pero que no tienen finalidad, crecen desmesuradamente. El hombre no opone resistencias a la naturaleza, ha renunciado a la lucha y se ha entregado. La pampa es una ilusión; es la tierra de las aventuras desordenadas en la fantasía del hombre sin profundidad. Todo se desliza, animado de un movimiento ilusorio en que solo cambia el centro de esa grandiosa circunferencia. Ahí el hombre grosero empieza de nuevo; el hombre culto concluye. Fue el quimérico territorio de Trapalanda, de la que decía el P. Guevara: “Cuyo descubrimiento nunca efectuado, fue polilla que consumió buenos caudales sin ningún fruto”; la ciudad imaginaria de oro macizo que casi hace fracasar las expediciones de Francisco de Aguirre y de Diego Abreu; la que hizo que se fundaran La Rioja y Jujuy para ponerle sitio y arrebatársela al autóctono. El buen Quijano también fue víctima de la llanura; la esterilidad de la Mancha fructificó en sus sesos las Sergas de sus lecturas solitarias. Dentro de esos círculos de la propia persona, es natural que el Conquistador no concibiera ideales de permanencia, de fijación, de espera. El hijo como perpetuación del abolengo, la casa como solar, la familia y las faenas según las épocas del año, no

eran posibles. Imperaba la proeza del individuo como hecho histórico universal; la biografía era la historia y lo que no existía había sido sepultado, escondido. En sus cerebros limitados esta ilimitación de la tierra plana o la inacabable monotonía de la montaña árida, prometía como en el desierto de los ascetas, la aparición de santos o de ciudades maravillosas de opulencia y de felicidad. Se esperaba hallar de pronto los tesoros acumulados en algún lugar insospechable, prontos para el transporte. El reino de Dios tampoco se veía que existiera y, no obstante, existía ciertamente. Lo más lógico era el absurdo. No se puede esperar nada de lo que la tierra suele dar cuando el hombre la puebla y establece en ella su vida, cuando las cosas ya hechas comienzan a andar y el hombre las sigue. Todavía el dragón es el animal natural de la llanura, donde pastó el milodonte. El recién venido no encontraba en ninguna parte indicios que le ayudaran a concebir el mundo como un sistema racional y continuo. El continente aparecía a sus ojos como un mundo mágico salido de un cubilete, a pesar de que era racional y continuo.

EL DESENGAÑO COMO ESTÍMULO

Ante el vacío inexpressivo, era inútil pensar en pueblos que conviven una vida de trabajo, en animales domesticados, en huertos, en mercados. Lo natural era Trapalanda, con la ciudad en que los Césares indígenas almacenaban metales y piedras preciosas, elixires de eterna juventud, mujeres hermosas, cualquier otra cosa oculta que pudiera surgir al conjuro de una palabra cabalística; no lo que se mostraba a los ojos del buscador de irrealidades. Vino a eso; y su designio, llevar la guerra a Tierra Santa con los tesoros hallados, le obstinaba en la creencia de que en alguna parte estaba lo que ansiaba; iba así cerrando los ojos a la realidad.

Había tomado posesión de todas las tierras; era el Conquistador un héroe sobre un país vencido, donde solo tenía que pedir a su

capricho. No había venido a poblar, ni a quedarse, ni a esperar; vino a exigir, a llevar, a que lo obedecieran. Así perdió toda idea de medida, de orden, de tiempo. Lo enorme, lo inmensurable, lo eterno en lo presente, llenan la imaginación. Millares de leguas, centenares de miles de vacas. El Monarca repartía el continente en varios trozos: a Pizarro 270 leguas al sur del Río Santiago; a Almagro 200 leguas del país; a Mendoza 200 leguas desde la concesión de Almagro, a Alcazaba 200 leguas de las más cercanas a los límites de la gobernación encomendada a Mendoza. Azara calculó que habría en estos campos alrededor de cuarenta millones de cabezas de ganado. Los animales no necesitan tantos meses para la gestación, tantos para la cría; se multiplican como los números en la mente; el mineral no necesita extraerse con laboriosos métodos, porque está a flor de tierra, apilado, en barras, amonedado, hecho crucifijos y espadas. Lo ilusorio reemplazó a lo verdadero. La verdad, la tierra ilimitada y vacía, la soledad, eso no se advierte, pues forma como la carne y los huesos del que va andando: materia inadvertida en que bulle un sueño derramado por los bordes de lo que contiene la realidad, del horizonte para afuera.

Cuando comenzaron a poblarse estas comarcas, el sueño no se achicó; pasó como todos los sueños malogrados de la ambición y el anhelo del hombre inculto, a llenar los intersticios de la realidad, a ceder ante lo que la realidad tenía de materialmente cierto. Pero a deformarla en un símbolo en aquello que tenía de equívoco.

Esta tierra, que no contenía metales a flor de suelo ni viejas civilizaciones que destruir, que no poseía ciudades fabulosas, sino puñados de salvajes desnudos, siguió siendo un bien metafísico en la cabeza del hijo del Conquistador. Constituyó un bien de poder, de dominio, de jerarquía. Poseer tierra era poseer ciudades que se edificarían en lo futuro, dominar gentes que las poblarían en lo futuro. Lo demás no tenía valor. La tierra fue bono de crédito, haciendas que se multiplicarían fantásticamente en lo futuro para

la esperanza; esta, su hipoteca. No se buscó en ella lo que podía producir de inmediato, sino lo que era susceptible de producir cualquier día, inclusive las ciudades y los tesoros, objeto de las expediciones. No los hubo, pero por eso mismo los habría. Solo que ciudades y tesoros, declinando hacia formas de mayor sensatez, muy poco a poco, eran más bien posibilidades de riqueza que oro en barras. Este porvenir ya preformado en ese presente de resentimiento, de rencor, ha ocasionado el delirante sueño de grandezas que tanto indignaba al idealista Alberdi. Vivimos con aquellas minas de Trapalanda en el alma. El antiguo Conquistador se yergue todavía en su tumba, y dentro de nosotros, mira, muerto, a través de sus sueños frustrados, esa inmensidad promisoría aún, y se le humedecen de emoción nuestros ojos. Somos su tumba y a la vez la piedra de su honda. Poseer tierra era para ellos como poseer un feudo, una ínsula, un honor. En Europa, ligarse a la tierra por la propiedad, es emparentar con la historia, soldar un eslabón genealógico, entrar al dominio del pasado. Pero en América, en la del Sur, que no tiene pasado y que por eso se cree que tendrá porvenir, es por una parte la venganza y por otra la codicia; se entra por ella al dominio del futuro y la hipoteca es el medio bancario de traerlo hasta el presente. Se comenzó poseyendo como botín; la tierra que iba dejando el salvaje al huir quedaba como único botín que más tarde podría ostentarse en calidad de trofeo. Ese despojo llegó a ser el premio del combate; esa extensión afirmó la resistencia y el poder del triunfador.

Sobre la posesión se construían nuevas tablas de valores basados en el precio; fue el plano de un reino inexistente fuera del plano: ferropprusiato en que todavía el matrimonio pobre tiene su casa propia, sin padres y sin hijos. Así esta tierra adquirió un supervalor, una plusvalía psicológica por el trabajo de la imaginación: el valor ficticio de lo que podría llegar a ser con arreglo a la ambición. Esta tierra de ganados cerriles era “una sementera e una mina de oro”, al decir de Valdivia, este otro geómano. Oro que seguiría acendrán-

dose y aquilatándose con los años. También era poderío, pero de un orden subalterno. El Conquistador que no conquistó nada, avanzando al sur desde las mesetas nortenas perdía de vista la veta de las minas; el navegante, atraído por la fábula, que se encontraba con el indio misérrimo, en su abstinencia sexual y en su ocio mental veía en la pampa la última aventura propicia para no declararse vencido. Conquistaba extensión y la extensión era poder; dominaba millares de leguas cruzadas de salvajes fugitivos y contaba la cantidad de baldíos como onzas. Tantos miles de kilómetros cuadrados, desde el océano hasta los puntos más altos de los Andes, en el virreinato del Río de la Plata, que no poseía este metal. Pero no contaba onzas, sino sus propios dedos. Ese dominio era el dominio de su orgullo sobre su propia ignorancia. Estaba vencido. No tenía que conquistar sino que poblar; no tenía que recoger sino que sembrar; no iba a entrar al gobierno de su ínsula sino a trabajar y a padecer. Tomó posesión de este baldío en nombre de Dios y del rey, pero en el fondo de su conciencia estaba desengañado. Había de mentir sobre el valor positivo de sus sueños, como en los nombres irrisorios que daba a las regiones donde no hallaba lo que esperaba. Así clavó la cruz y el rollo y desafiaba a la voz de su conciencia, cuando, armado, blandía la espada y retaba al condómino ausente. Porque no había quien reclamase la posesión de la nada sino nadie. Y ese nadie, que solo existía dentro del dominador, era la voz de su fracaso.

EL DOMINIO COMO REPRESALIA

Pero la tierra no es una mentira, aunque el hombre delire recorriéndola y le exija lo que no tiene y la bautice con nombres paradójales. Es lo más seguro bajo el pie y bajo la espalda, cuando ha concluido la marcha. Es lo que afirma que vive, al bruto, al posar sobre ella las patas y al alimentarse. La tierra es la verdad definitiva, la primera y la última: es la muerte.

En vez de construir, de cercar, de labrar, hizo leyes para dar a esa pobre posesión un valor teológico y jurídico. Trató al indio como hubiera tratado al dragón, de haber existido. El indio echaba el mal de ojo al tesoro encantado y lo desvanecía. La destrucción del indio era asegurarse la paz del usufructo, y al mismo tiempo destruir la evidencia de su fracaso. Trató al compañero como al testigo de su derrota y explotó las encomiendas y las mitas, bajo el consejo prudente del jesuita. Era la forma de dominar la naturaleza y hacer que produjera por el hombre de su seno, por el aborigen, lo que no había querido hacer por sí y tener preparado a su llegada. Tomaba así su represalia por el engaño de la leyenda contra la naturaleza y contra el hombre a la vez; en aquella para la Corona y en este para Cristo. La posesión de la tierra le daba títulos que iban anejos. La tierra era un inmenso feudo, un dominio que implicaba nobleza. Por eso hoy todavía nuestro terrateniente es el noble en el orden de nuestro capitalismo bárbaro.

La extensión no es grandeza; es la idea de la grandeza. No es riqueza; es la posibilidad del crédito hipotecario. No es nada. Se valorizó porque era un ideal y por eso ha llegado al precio imaginativo de la hectárea en Trapalanda. Ser poderoso por la posesión de la tierra, adquirirla, es un residuo de la furia del invasor, residuo a su vez del Medioevo. El título de propiedad representa un documento de la propia capacidad de mandar. Quien la posee es señor, no por el dinero que importa y sí por ese título que es una baronía, un condado, en la forma que toman la ambición y el encono. Desde antiguo fue el militar quien la poseyó, y sirvió para premiar los actos de heroísmo, los triunfos de las armas. Es algo así como dominar una parte del globo y al mismo tiempo vengarse de la miseria personal; es meterse en el Océano Pacífico hasta la cintura y proclamar su posesión en nombre de los reyes.

Aquellos eran los caudillos, la tropa soñaba detrás más humildemente. Desde la posesión latifundiaria hasta la propiedad de un terreno, solo hay una diferencia de grado. El sueño actual de la casa

propia sin los instintos de la residencia, es la forma degenerada y burguesa de aquellos ímpetus de gran señor. Son los sueños diurnos del que se encuentra por dentro incapaz de aspirar a una felicidad más activa y valiente de enseñorearse con otros bienes. Pero así como en la humilde ansia de tener una casa no alienta más que el espíritu del hombre inseguro (con toda la poética del pájaro), en la propiedad de millares de leguas hay un ímpetu de señor (de digitigrado). Uno y otro afán corresponden a dos tipos comunes, diferenciados en el élan de la aspiración e idénticos en la actitud ante la estima de los valores apócrifos. El tercer ángulo del triángulo es la sepultura, en la que el hombre penetra entero, sueños y carne, en condición de materia inánime, de tierra, de lugar. Son las tres posiciones de una misma inconsciente renuncia a la vida y a cuanto le da humana contextura; el rencor de haber destruido los demás valores y de querer hundirse dentro de ese único valor igual a su cadáver.

EL AVANCE HACIA ATRÁS

El que arribaba era, en el fondo, como hoy, un soñador de sueños personales. Quien venía, en cambio, con ánimo resuelto a quedarse, era un desesperado más peligroso que el que llegaba a hurtar y partir. Barcos cargados de presidiarios, de locos de ambición y de fe, hacían el crucero de un océano de olvido. Aquellos pocos que renunciaban a volver y se resignaban a fijar su vida tan a trasmano de las rutas reales, a semejanza del que hoy desembarca y acepta cualquier trabajo, eran desclasificados sin itinerario para su existencia.

Con su colaboración, el que tenía prisa por volver haría algo que iba a quedar. El desesperado era la mano derecha; el otro fabricaba con osadía. Bruto estéril que solo sabía soñar en un sentido: tenía cien leguas de tierra y quería mil o diez mil; tenía veinte mil cabezas de ganado y quería doscientas mil o dos millones; tenía una casa y

quería diez o ciento. Siempre eran cantidades de la misma especie y vinculadas muy íntimamente al suelo. Quería como se palpa. La serie geométrica se le había enquistado en la pía máter. Fuera de esas cosas, también quería otras; pero en función de esas, accesoriamente a esas, coordinadamente a esas, medidas y pesadas por hectáreas y fanegas. Su ambición consistía en agregar decenas a las unidades, en agregar ceros, como luego en edificar piso sobre piso, en publicar libro tras libro y en acumular empleos, cátedras o títulos. La tierra y el animal, en la imaginación de ese primitivo anacrónico, se convertían en lo único dinámico; polarizábanse o decaían las demás fuerzas vitales y económicas o giraban en torno de tal huso central. Iba así degradando insensiblemente la vida de esos seres bidimensionales, sin ideal, sin afanes espirituales, sin inquietudes místicas; y en cambio con miedo. Apegado a sus bienes de tan fácil adquisición estaba lejos de todo: para arraigar en la llanura de nadie, había tenido que desgajarse de una tierra vieja, regada con sudor y lágrimas. Era el corazón del universo, pero estaba solo. Frente a sí, a sus lados y a su espalda tenía la tierra, pero sin ningún camino. Fue llenando con materiales refractarios a su persona humana los huecos producidos por el desgarramiento, hasta que aún los movimientos instintivos se llenaron de sustancia de acá. Había implorado muchas veces, y ahora levantaba los ojos al cielo para descubrir la lluvia en las nubes, sobre una tierra que el sol resquebrajaba; contemplaba a lo lejos como desde la cubierta del barco, pero para ver si aparecían en el horizonte los indios, o el recaudador que lo expoliaba o el blandengue que lo conscribía a viva fuerza. Bajo el alero de la choza sentía que se desmoronaba más rápidamente que el barro y la paja en que apoyaba los omóplatos agobiados; junto a él los hijos y la mujer le hacían comprender que estaba solo. No miraba su interior, porque estaba vacío más que la pampa; ni hacia atrás, recordando su vida, lejos de sí mismo. El mundo era eso que tenía a su alrededor y enfrente. Había sido engañado, y solo le restaban dos caminos, porque el regreso era imposible ya: considerarse elegido por

Dios para algún fin excelso en la religión o en el gobierno; o afirmar con valentía aquello sin forma que tenía enfrente y a su alrededor. Trabajaba contra la realidad y por ese medio se convertía en instrumento de la realidad. Mientras tanto, ese ahínco con que se aferraba a ella cambiándole de signo, lo empujaba y lo sometía. Retrocedía y pensó que avanzaba empujando el futuro con la espalda. La historia de la colonización es la marcha de espaldas.

En su *Memoria al Virrey Del Pino*, decía el virrey Avilés que las familias que se trajeron a poblar el Río Negro cayeron en condición abyecta: vivían en cuevas construidas por ellas mismas, sepultadas en vida. Otras en ranchos, que era la cueva hacia afuera, la cueva al aire. Hundíanse en las cuevas y en el pasado. Darwin vio las saturnales de los hunos argentinos, el frutífero degüello de las reses, la borrachera con sangre humeante. Era la victoria de la tierra, el triunfo de la prehistoria; la derrota de un sueño irracional traído al seno de una naturaleza en toda la fuerza del Pleistoceno. Bajo influjos indiscernibles, las poblaciones regresaron a un estado inferior, y esos estados regresivos, las recidivas de la barbarie, son más rudos que el estado natural. Se ha renunciado a la civilización, retornando por infinitos senderos, que también salen al paso en la llanura, al fondo de la animalidad. No solamente habían sido defraudadas por sí mismas, las familias que llegaron a colonizar, sino por las empresas de negreros que las reclutaban para abandonarlas en nuestros campos sin lindes. Se enviaba al extranjero ganado muerto y se traía seres humanos vivos. Hundirse en la cueva, degollar vacas y ovejas significaba tomar represalia contra sí y contra el empresario de inmigración. El desencanto lleva a destruir y vejar lo que en las cosas y en uno recuerda el estado superior de que se apostató. El amor a lo que se tiene suele ser el odio a lo que no se puede tener; y viceversa. Mucho de lo que se ha entendido por barbarie es simplemente el desencanto de un soñador ordinario. Quienes abandonaban su predio y el pueblo de piedra, aspiraban, sin duda, a otro hogar y a otra propiedad.

LA PICADA

Los colonos siguieron la emigración, de tierras menos productivas y de regímenes sociales más exigentes y concretos, a estas latitudes promisorias. Dejaban lo conocido, a cuyas modalidades no se avenían, y se lanzaban a lo desconocido; a lo que habrían de intentar transmigrarle su persona. Faltábales contar con que podía encarnar en ellos esa realidad amorfa y retardativa. Llegaban sin armas, en falanges impertérritas, por los mismos caminos del conquistador; más sórdidos, esperando menos, conformándose con poco, pero sin ningún arrojío de estilo épico, sin la hipérbole que sobre su obra ponía el otro. Era el mismo conquistador en su descendencia peninsular, en la plebe procreada por los tímidos que allí se quedaron en los muelles, esperando los barcos cargados de oro que llegaban apestando a residuos orgánicos descompuestos. Esta plebe fragmentada de un cuerpo recio, llegó también a soñar y a perseguir sus sueños. La esperanza y la ambición y el ansia de evadirse de una fatalidad de pobres irredentos, eran los mismos; a aquella concavidad del antepasado digitígrado, correspondía puntualmente esa convexidad de córvidos. Vendrían a conseguir dinero, como los otros territorio, títulos y fama; a trabajar, como los otros a pelear; a coleccionar y partir, como los otros. Este hijo bastardo tampoco se fijó. Anduvo errante de un lugar a otro, porque al principio lo arrastra de aquí para allá el ganado cimarrón, y la posesión del suelo, tan movedizo como las palas de aquel. Lo que alcanzaba, lo asía sin soltar: era su botín. Se hizo cruel con el mestizo, si llegó a prevalecer sobre él, y lo mismo sobre cualquier otro ser u objeto que se le sometiera. En vez de amar, poseía. Se encarnizó en la posesión, más bien que disfrutándola, con ese encono glandular con que se engendra un hijo a la mujer aborrecida. A través de la fortuna llegó a ocupar lugares destacados, pero nadie

creía en su persona, en su calidad, en su apellido. Inspiraba un respetuoso desprecio. Solo en virtud de una tácita connivencia, el adinerado lo festejó. En lugar de mostrar con un amplio ademán, redondo como el horizonte, su latifundio, disimulaba lo que tenía, bajo una sonrisa de mal entendedor. Había pagado con la fortuna su condición de ser humano. Lograba su sueño a expensas de su fracaso. Ignorante, avaro, quiso lavarse el estiércol de las manos en la pila de agua bendita, y donó un trozo de su embrutecimiento al templo, transfiriéndose a la otra vida. No hizo obras filantrópicas, no procuró la grandeza de un país que desconocía y despreciaba, al que jamás había amado y al que miraba con rencor, vencido por su triunfo. Era la disociación de la familia, quién sabe qué vergüenzas paternas y conyugales. Pero en torno de él no había quien reclamara con más legítimo derecho el primer lugar, el sitio más alto. Se comparó con los demás, cuerpo a cuerpo, hectárea a hectárea y fanega a fanega. Los privilegios de la sangre y los de la inteligencia no existían, porque unos y otros llevaban vida miserable. Miró al intelectual con la desconfianza con que la vaca al automóvil, se puso en mitad del camino y no lo dejó pasar. Esa fortuna apilada en la soledad, en el fondo de los campos y tras los mostradores, que eran la valla de madera a la vida social, con la depravación de las hijas que se casaron con el peón que las sedujo, o con nadie, y con la pérdida de las ideas abstractas y de las palabras adjetivas, era odio y rencor; un salto atrás. Todo su interés estaba en cotizar lo inferior, en subvertir la tabla de los valores éticos y espirituales, en volcar la ignorancia y la crueldad del campo en la ciudad, para cohonestar la ganancia de su juego. Como el *pioneer*, abría caminos a través de la maraña del sentido de la vida, por donde irían sus hijos hasta el fondo de las consecuencias. Esos derrotados eran los soñadores victoriosos; muchos, los más, no hacían fortuna. Envejecían, morían; los hijos heredaban decepción. El mito de la riqueza descorazonaba a la mayoría, sobre todo a los menos audaces e ignorantes, a los menos aptos para vencer en tan ruda

prueba. Y no había otro camino que seguir. La cosecha abundante y el alto precio del producto los había engañado, como Trapalanda al Conquistador. Era el campo, la soledad, el embrutecimiento, la realidad; paredes de tierra, por el suelo, de aquellas babilonias de oro. La situación moral de este colono desengañado, era la misma de aquel conquistador harapiento, famélico, en su harén de indias inmundas. La cosecha era hipotética: dependía del azar; el precio de su trabajo era hipotético: dependía de la demanda de granos y carnes en mercados ignotos. Había trabajado y el arriendo del campo y el transporte lo dejaban sin nada. Tenía ovejas, vacas, su rancho; él era una res en el cálculo del terrateniente y del financista.

EL PATRÓN DE VALOR: LA TIERRA

El ideal de la tierra, la tierra sin historia como religión y finalidad de conducta, encubre un gran desencanto o es la renuncia a muchas aspiraciones que no han podido cumplirse. En el otro polo está el ideal que se conforma con la casa segura, la mujer fiel y el hijo laborioso. Este es un desiderátum de alma enferma; aquella valiente negación del pasado y del padre inclusive, un desafío de célibe desligado de la sociedad humana. El pájaro, aspira al nido, la fiera ambiciona el dominio de la naturaleza. Avanza hacia el mundo que lo rodea porque quiere huir de la soledad que lleva dentro, embravecida de no tener aliados ni compañeros.

No existiendo un orden social consolidado, una regla en la experiencia, ni un estímulo en las costumbres, se quiso hacer consistir todo lo bueno en el suelo; en lo que yacía sin otra forma que esa muy vaga que rebasa los ámbitos del ojo y el oído. El suelo era un valor metafísico: espacio. Podía producir para el recién venido, sin que conociese el oficio de labrar; con la fecundidad supliría la asidua dedicación, y no necesitaba de él fatiga ni inteligencia. Era lo que se encontraba, y puesto que se venía a buscar, lo que se encontraba

importaba un bien que valía el riesgo de la vida; en el hallazgo estaba la aventura. Le ofrecía, además, cierta forma de primogenitura en el descubrimiento, la prioridad abstracta, las cuatro quintas partes de lo descubierto y la autoridad del mayorazgo que faltó al segundón que vino en la Conquista. Allí era el segundo y aquí el primero, su señorío lo elevaba al rango de señor absoluto, de fundador de dinastía. Bastó al principio soltar por la llanura, o dejar abandonadas porque el transporte era molesto, como hizo Irala, algunas decenas de vacas y caballos, para que se multiplicaran. Garay encontraría, al traer otros pocos, que ya eran hatos innumerables. Bastaba echar la semilla para obtener espigas y mazorcas, someter al indio adicto y arrebatarle la mujer para las demás faenas.

Estas tierras eran las más pobres de toda la conquista de América, y por eso deberían de tener bienes ocultos, bienes de porvenir. Cuando Irala se marchó decepcionado al Paraguay, en el resto de la pobreza olvidada, en aquellos animales sueltos, había de rebrotar el oro inexistente. Era nuestro metal precioso, como el excremento de las aves, el guano, acabaría siendo el verdadero oro del Perú. No había metales, ni frutos, ni poblados. Los soldados solían volver desnudos de las expediciones, apenas cubiertos con pieles sin curtir, hambrientos; devoraban hasta los arreos de las monturas y se abandonaban, por desesperación, a los desórdenes afrodisíacos. En Venezuela, que dio tipos e instituciones análogas a las nuestras, llegaron al canibalismo, sorteando diariamente, como en los cuentos de piratas, a los indios que los guiaban por los terrenos montañosos; ocurrió lo mismo cuando la primera fundación de Buenos Aires. Pero nada de esa penuria era la realidad; la realidad era la conquista de un mundo. En Nicaragua seguía viendo, en el fondo del cráter del Masaya, hervir la plata y el oro; por Catamarca, por Neuquén, por Tierra del Fuego, estaban las tierras de los tesoros. Había que insistir y que seguir buscando.

Los que acompañaban a Garay encontraron una riqueza ganadera que, aunque no fuese de la índole prestigiosa del metal,

era riqueza. La poseía el salvaje con quien había promiscuado, juntándose a su soledad en idéntico destino. Salvajes y animales formaban una curiosa entidad de resistencia y de mutuo amparo, conviniendo en las normas vitales que el desierto y el enemigo les imponían. Con ello se planteó en términos categóricos la conducta a seguir; la naturaleza y lo que había nacido bajo su ley, contra el invasor; sería la lucha sin piedad, la renuncia a todo pacto y transacción. El conquistador, que impuso esa norma de odio, codiciando aquí lo que había despreciado allá, se proclamó señor de la tierra, del hombre y de las cosas, a pesar de que no llegó a poseerlos ni a estimarlos más que como riqueza portátil. Porque el ansia de sumar extensión era justamente lo opuesto que se pueda imaginar al deseo de quedarse. La captura del ganado, el acopio de los productos, exigía otros métodos que la extracción del oro en las minas. Puesto que el indio los poseía, los rodeos y manadas eran tesoros y, arrebatárselos, una empresa de mayor mérito que cuidarlos y criarlos.

En el campo, rodeando ganado, combatiendo al indígena, se forma un consorcio involuntario con ellos, se termina operando en función de ellos. En esta tierra el señor quedó abortado en el ganadero; no hubo en adelante señores, sino hombres ricos, y toda la tierra valdría por el animal. Así el medio físico triunfó de la ambición y la obligó a conformarse con lo que él quiso: cereal y ganado. Y aun le impuso terribles condiciones: el espíritu errátil, el afán de acumular, la idolatría de las cantidades inmensas, la prisa por marcharse, la vergüenza de la pobreza, la disolución del hogar, la imposibilidad de la cultura basada en el simple respeto y la vaciedad del amor.

Significaba al mismo tiempo la victoria de la tierra vencida, en la vindicta de los hijos naturales encarnando la realidad preterida sobre el hombre triunfante. Fue la primera de las luchas victoriosas de América, del desierto, y el primer paso en la decadencia del hombre humillado bajo la apariencia del triunfo, en los prelimi-

ACERCA DEL AUTOR

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA nació en 1895 en la Provincia de Santa Fe. Entre 1918 y 1929 publicó seis poemarios y obtuvo importantes premios literarios, entre ellos: el Primer Premio Municipal por *Argentina* y el Primer Premio Nacional de Literatura por *Humoresca* y *Títeres de pies ligeros*. Escribió ensayos, cuentos, biografías, poesía y obras teatrales. Ejerció la docencia y colaboró en la revista *Sur*.

Fue conocido como un célebre autodidacta, un notable intelectual que dedicó su vida a pensar el país. Sus obras más importantes, además de *Radiografía de la pampa*, fueron *La cabeza de Goliat*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, y *La Vida maravillosa de Guillermo Enrique Hudson*. Presidió la Sociedad Argentina de Escritores y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre.

Falleció en Bahía Blanca en 1964.

 **RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA**

Compuesto en Andralis ND,
del tipógrafo argentino Rubén Fontana.

Impreso en papel Chen Ming Woodfree de 80g/m²
en los talleres gráficos Asia Pacific Offset LTD, Unit C-E,
11/F, Yeung Yiu Chung (no.8) Ind/Bldg. 20 Wang Hoi Road,
Kowloon Bay, Hong Kong, en el mes de junio de 2017.